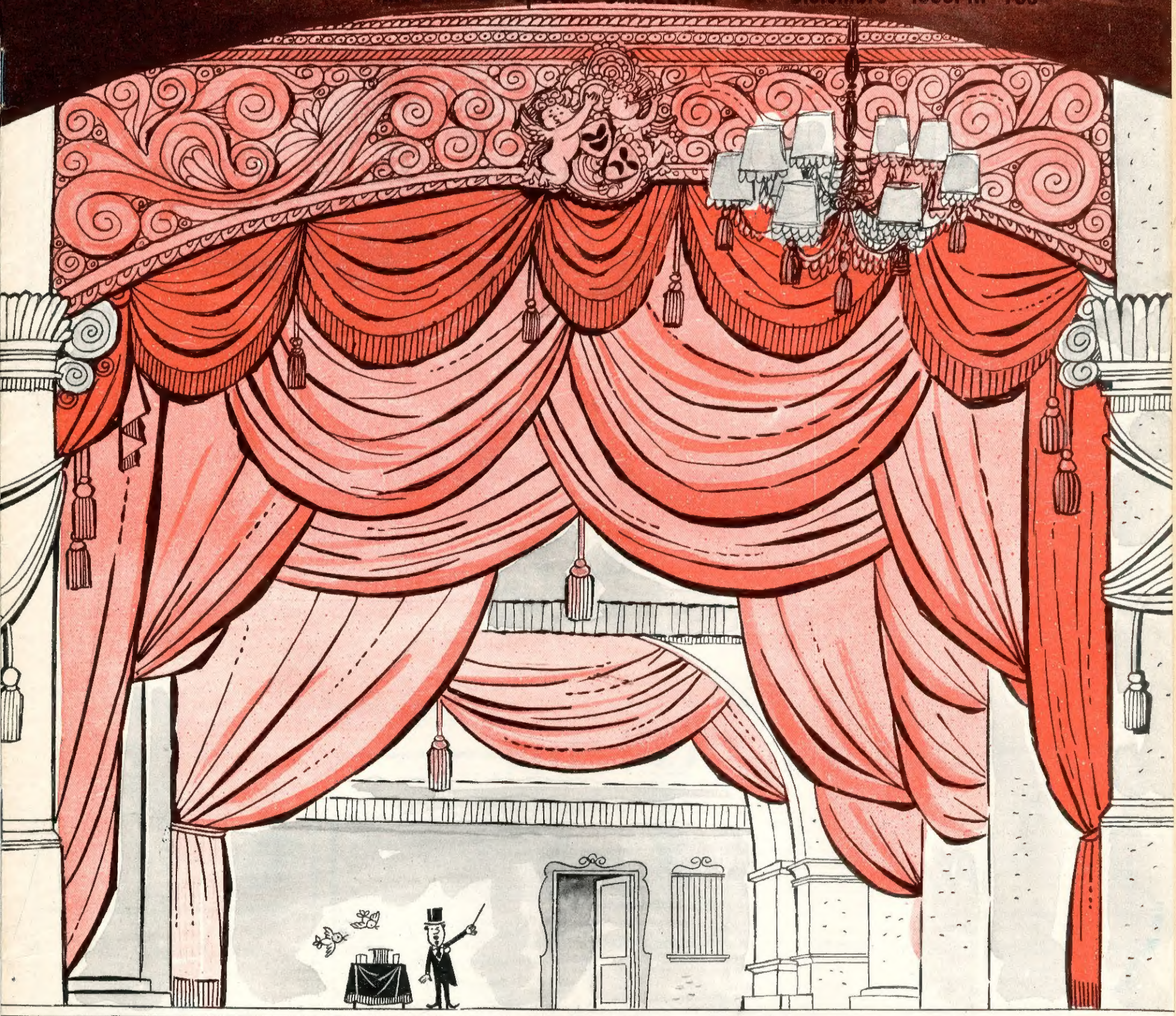
R
B

DDT

REVISTA DE HUMOR

Año XV 2ª época - BARCELONA 20 - Diciembre - 1965. N.º 755



—Ahora voy a hacer desaparecer a una persona. ¿Hay alguien en la sala que quiera subir al escenario?

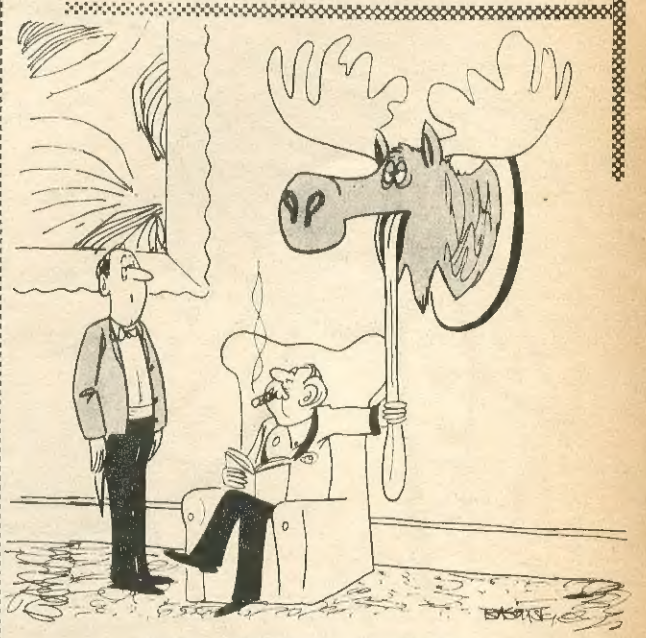
5 PTS

—Quiero ser amable con usted, Grimsy. Voy a escuchar su versión antes de despedirle...

—¿No notas algo raro en el vecino de al lado?

—¿Qué quieres decir con eso de que te han arrestado por no llevar la matrícula del coche?

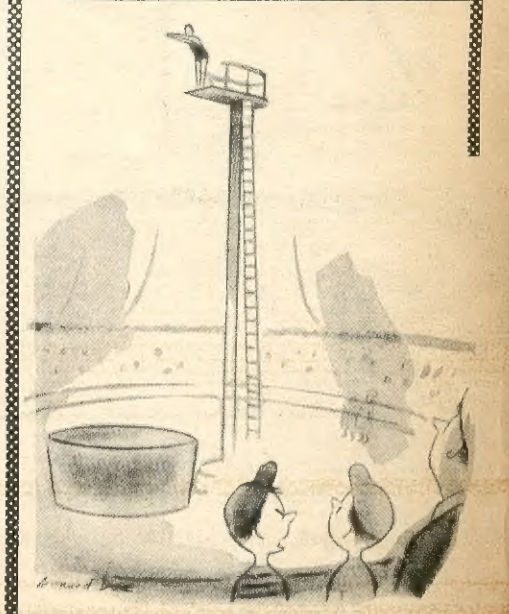
—Espero de una vez por todas que me hagan caso y dejen de leer el libro: «Cómo determinar si sus gustos son compatibles».



—¿Llamaba el señor?

—¡Me revienta la gente que siempre llega a la hora de comer!

—¡No, no pienso darte el dinero! ¡Entra y recoge la paga como los demás!



—¡Valiente cosa! ¡La tina está llena de agua!

—Una frase célebre—

Los humoristas debemos relatar historias distintas a las de los demás escritores. Un escritor dramático o un escritor trágico cumplirán su misión poniendo al lector al borde de la lágrima; el escritor de aventuras habrá desempeñado correctamente su misión, haciéndoles subir el corazón a la garganta con el "suspense" de las peripecias de sus personajes; hasta el escritor cómico, con distribuir unos cuantos buenos chistes a lo largo de su narración queda exento de mayores exigencias.

En cambio, nosotros, los humoristas, nos encontramos ante caminos más fatigosos y trascendentes, porque ni haciendo llorar, ni reir, ni asustando al lector, cumplimos. Nuestras historias han de ser graciosillas, ciertamente, pero ante todo y sobre todo, ejemplares.

Comprendiéndolo así, yo voy a contarles la historia de Galíndez.

Galíndez había sido un claro ejemplo de voluntad y superación.

Ingresó muy joven, como botones en una importante empresa, y poco a poco fue ascendiendo. Primeramente con lentitud; después con acelerada rapidez. Pasó de un cargo a otro de más jerarquía, hasta que,finalmente, aún joven, le nombraron consejero delegado de la firma.

Cualquiera en el caso de Galíndez —que, por cierto, ya no era Galíndez, sino don Enrique—, se hubiera sentido satisfechísimo de su carrera brillante, y de sí mismo. El no, porque no había pronunciado una frase célebre.

Esto, que todavía no lo he explicado, puede sonar a incongruencia, pero es fácilmente comprensible. Don Enrique, de toda la vida, había ansiado pronunciar una frase célebre, una frase de esas que pasan a la posteridad. Lo que ocurría era que, intuyendo que las frases célebres que se recuerdan luego no son las que han pronunciado los don nadie, sino las que enunciaron personajes previamente importantes, él se había aplicado primeramente a hacerse importante.

A don Enrique le producía escalofríos de emoción recordar que alguien había dicho algo tan sonoro como: "Soldados; desde lo alto de estas pirámides veinte siglos os contemplan", o algo tan viril como: "Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra". Y ansiaba, por encima de todas las riquezas y todos los honores terrenos, pronunciar una frase así de certera, que se recordase lo mismo que las más celebradas frases históricas.

Alcanzado ya el puesto de consejero delegado, y revestido, por tanto, de la necesaria importancia, convocó al personal de la casa:

—Señores —soltó—; en el trabajo, tan valioso es el genio como el ingenio.

Los empleados no chistaron, y don Enrique se retiró, moralmente derrotado.

Don Enrique, durante semanas, caviló una frase mejor. Cuando creyó que la tenía, llamó otra vez a sus hombres y exclamó:

—Hemos de regirnos por este principio. ¡La empresa es de todos!

Los empleados se quedaron como el que oye llover, y cuando comprendieron que don Enrique no quería nada más, se marcharon tan respetuosa como silenciosamente.

Don Enrique, sin darse por vencido, estudió con ahínco y tesón las mejores frases de hombres célebres, viendo la manera de superarlas. Y por tercera vez probó suerte.

—Amigos míos —dijo cuando tuvo reunidos otra vez a los empleados—. En el trabajo, más que la cantidad y la calidad, los jefes debemos apreciar la honradez.

Los empleados se encogieron de hombros.

Y don Enrique lloró amargas lágrimas de desengaño, y hasta enfermó de gravedad. Y hubiera muerto, de no habérsele ocurrido a última hora otra frase que valía la pena ensayar.

Llamó, pues, una vez más a los empleados de la firma. Y anunció con voz débil pero clara:

—Señores..., a partir de hoy les subo el sueldo el doble.

Una estruendosa ovación brotó espontánea y admirada, ante la belleza de la frase, y la aplaudieron a rabiar.

De casa en casa se comentó y ponderó la frase de don Enrique, y a los otros consejeros delegados se la citaron como algo extraordinario, ya que a don Enrique no le había obligado nadie.

La alegría curó a don Enrique mejor que la mejor medicina, y él vivió muy feliz, porque siempre su frase se recordó como la mejor frase de todos los hombres célebres.

MORALEJA: "Si algún consejero delegado ha leído esta historia, y se enfrenta con los problemas de don Enrique, ya sabe que ha de dejarse de monsergas e imitar su digno ejemplo".

PEPE GREY

DDT
REVISTA DE HUMOR

NUM. 755 • AÑO XV 20 de diciembre de 1965

Director: MIGUEL MARTIN MONFORTE

Publicada por: EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
por concesión para España de CREACIONES EDITORIALES
prohibida la reproducción

Impresa en los talleres gráficos de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - BARCELONA - 1965

CREACIONES EDITORIALES 1965 - Depósito legal B 125 - 1958

—Pensé que para tu cumpleaños te gustaría un regalo original, que se saliera de lo vulgar...

—Desengrásate y saluda a la señora Dupont...

—Quiero un traje de baño que abrigue; este año vamos a las playas del Norte...

—He cambiado de idea... Será mejor que nos lo envíen a casa.

—Se aprovecha usted de mí... Es el cuarto frigorífico que le compro en lo que va de semana.

—Quería traerte un ramo de flores, pero luego lo pensé mejor...

—¿Le molesta que me resguarde aquí?

—Mi abuela tenía unos igual en su casa... ¡Cuando recuerdo lo que nos costó librarnos de ellos...!

PARA "ELLUS" BELLUS

—Hemos tardado demasiado en encontrar aparcamiento... ¡Estoy segura de que ya no quedan croquetas!

—...y, además, resulta ideal para los embotellamientos...

—No se puede negar que estás en plena forma.

—¡Reconocerás que es mucho mejor esta lluvia que la de París!

Diálogos hablados

—Muy buenas tardes. ¿Esto es un comercio de mercería?

—Sí, señor. De mercería es. Vea usted la muestra que hay a la entrada en la que pone: "La Gioconda. Mercería y paquetería"

—¡Ah! ¿También es paquetería?

—También.

—Entonces, hágame usted un paquete con todos estos libros que llevo debajo del brazo.

—Perdone, caballero, pero "paquetería" se refiere, naturalmente, a los paquetes que nosotros expendemos.

—¿No solamente se niega a hacerme el paquete que le he dicho, sino que va y me confiesa que aquí se expende?

—Sí, señor. Se expende. Lo digo con la frente muy alta.

—No veo por qué ha de poner la frente muy alta para decir esa tontería.

—¡Caballero, está usted empezando a faltarme al respeto y no se lo tolero! Sepa usted que, por mis años, podría ser su madre.

—No creo.

—Todo es posible, porque precisamente hace veinticinco dejé abandonado un niño de pecho.

—¿Y por qué dejó abandonado a aquel niño, si puede saberse?

—Porque aquel día tenía que expender y no sabe usted lo mal que se expende con un niño a cuestas.

—Pudo usted contratar a un ama de cría.

—Tenía una, pero tenía unas manías muy extrañas, porque su verdadera ilusión era irse al campo, tumbarse en la hierba y ver pasar los trenes.

—Entonces es que no era un ama de cría, sino una vaca.

—Bueno, y hablando de todo, ¿por qué no compra usted algo en lugar de hacerme la media filiación, caballero?

—Tiene usted toda la razón y puede decirlo también con la frente muy alta, pero ya sabe lo que pasa, se enreda uno en una conversación y no sabe cómo acabar. Entonces, quedamos en que lo de "paquetería" es solamente para los paquetes que usted expende.

—Al que me parece que voy a expender a un sitio no muy grato es a usted, señor mío.

—Bueno, bueno, no se moleste conmigo, que no es para tanto. ¿Tiene usted pasamanería?

—Sí, señor. Hay pasamanería y "pasapiedería". ¿Para qué quiere usted la pasamanería?

—Para pasarle la mano.

—Entonces tendré que rogarle que se la pase a su señora tía.

—La verdad es que no he visto un comercio más difícil que el suyo, señora. Primero se niega a hacer paquetes y ahora no quiere despacharme la pasamanería. ¿Tiene lentejuelas?

—¡Este es un comercio muy decente, incapaz de expender al público cosas que recuerdan los lugares de vicio y francachela, caballero! Si quiere algo, llévese estos azabaches.

—Bueno, bueno, póngame algunos. Y que conste que me los llevo por no discutir más con usted, que es de órdago, señora.

—¡No nombre usted tampoco esa palabra en esta púdica casa! ¡Ordago...! ¡Da náuseas esa palabra, porque recuerda las tabernas donde los hombres se abandonan al vino y al juego vil!

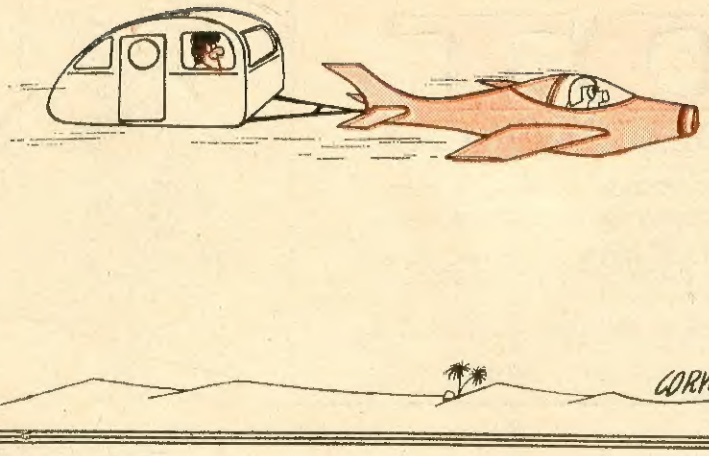
—¿Sabe lo que le digo? ¡Que me alegro de no ser el niño que usted abandonó mientras expendía, porque como madre debe usted de ser insoportable, ea!

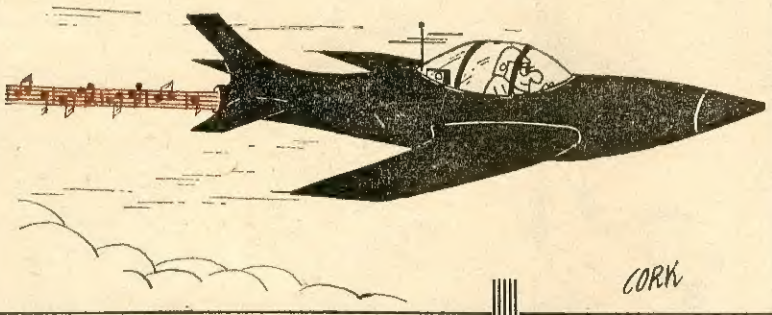
—¡Que lo zurzan a usted, descarado!

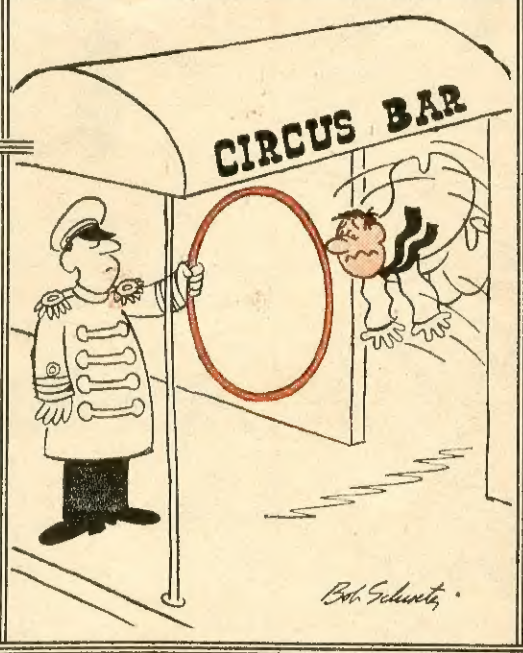
—¡Y a usted que le frían una gamba, tía tonta!

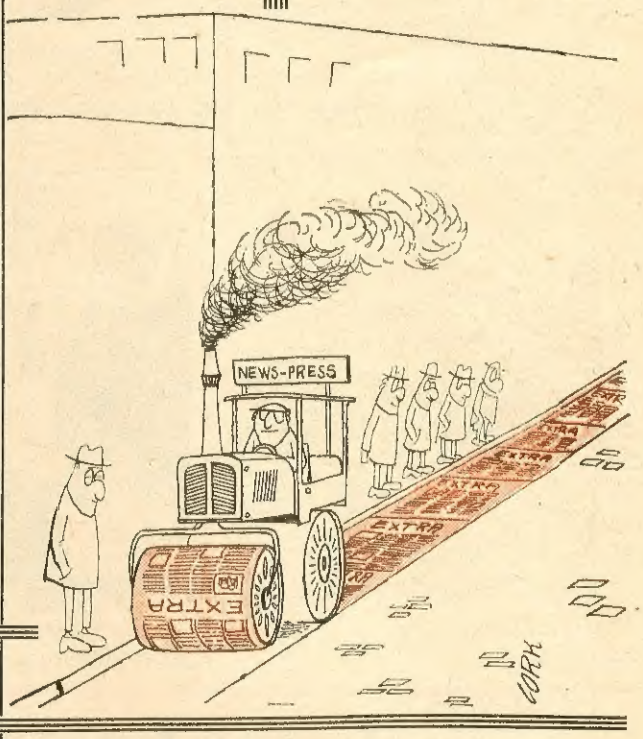
JORGE LLOPIS

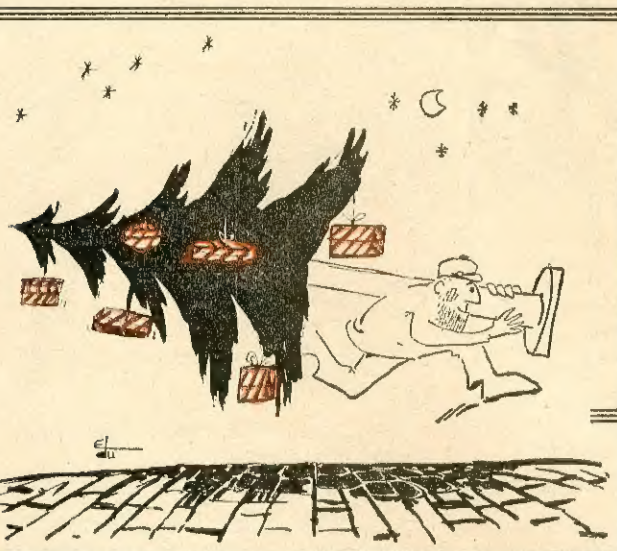
EN EL CHISTE SILENCIOSO ESTA LO GRACIOSO

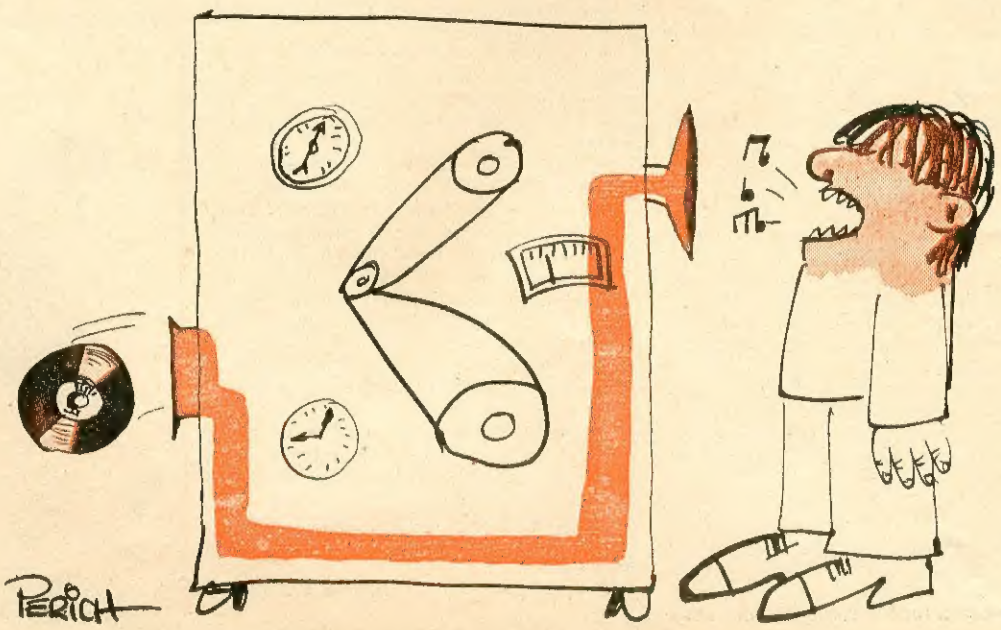








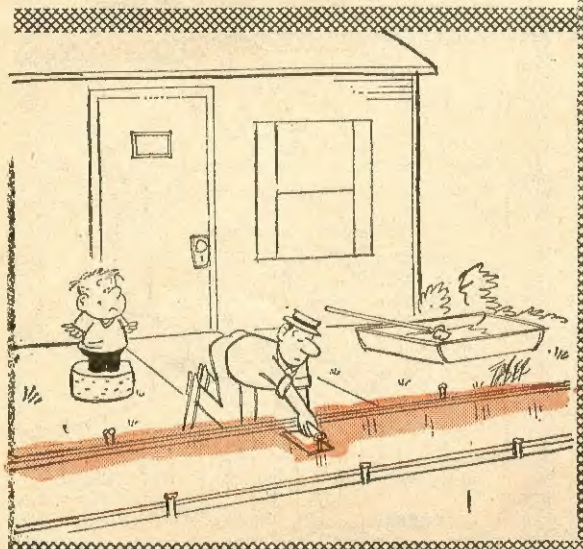


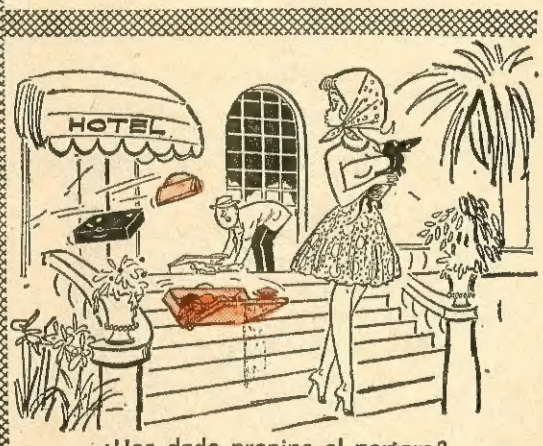


HUMOR SE escribe CON ¡JA!

—No te hubiera ocurrido esto si prestases más atención a la carretera...

—¡No, Carlos! ¡Esta de aquí o nada...!

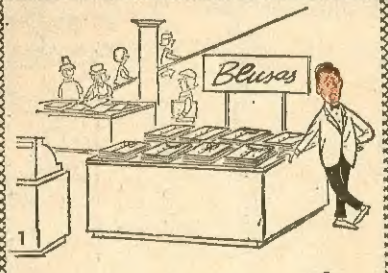


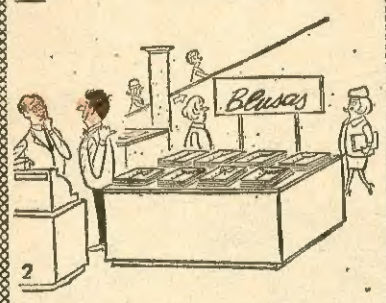


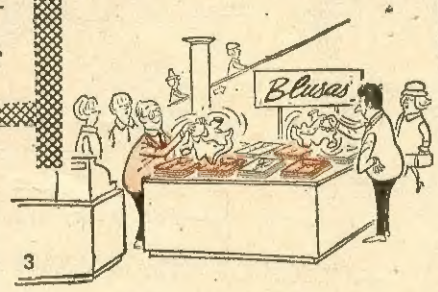
—¿Has dado propina al portero?

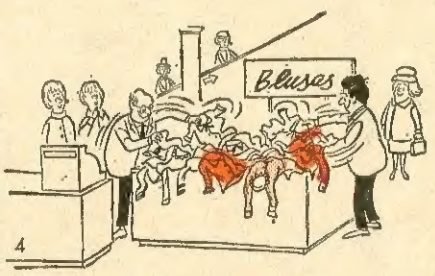
—¡Espero que seas bueno durante mi ausencia!

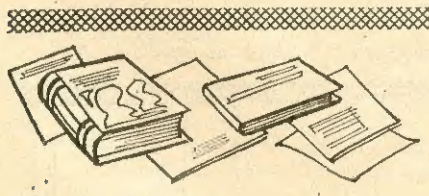
—Espero que los mosquitos hayan visto la película...











Lo que se lee

A los dos años
¡ Nada.

A los cinco años
La "p" con la "a", PA...

A los nueve años

A los catorce años

—¡Te voy a liquidar, maldito villano!

$$a+b=\frac{a+b-c}{abc}=\ldots$$

A los quince años
En un lugar de la Mancha... —(se para aquí)

A los diecisiete años
Los Beatles han manifestado que...

A los veinte años
Querido Manolo: Te quiero...

A los veintiún años
En un lugar de la Mancha de cuyo nombre... (se para aquí)

A los veintitrés años
Suárez ha manifestado que el árbitro...

A los treinta años
James Bond golpeó salvajemente a la chica y disparó...

A los treinta y cinco años
En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero... (se para aquí)

A los cuarenta años
Este libro ha obtenido el premio Nobel y...

A los cuarenta y cinco años
Este domingo, en el campo de San Mamés...

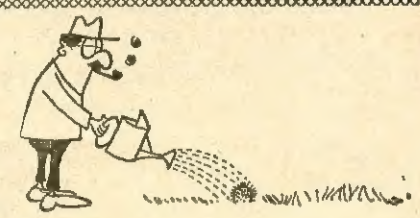
A los cincuenta años
En recientes estadísticas, se demuestra que la degeneración de la juventud actual es un hecho y...

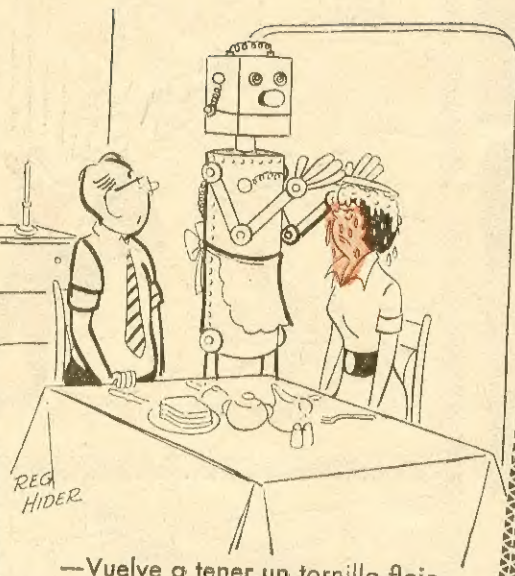
A los cincuenta y cinco años
En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme... (se para aquí)

A los sesenta años
Porque el fútbol de nuestros abuelos era mucho mejor y...

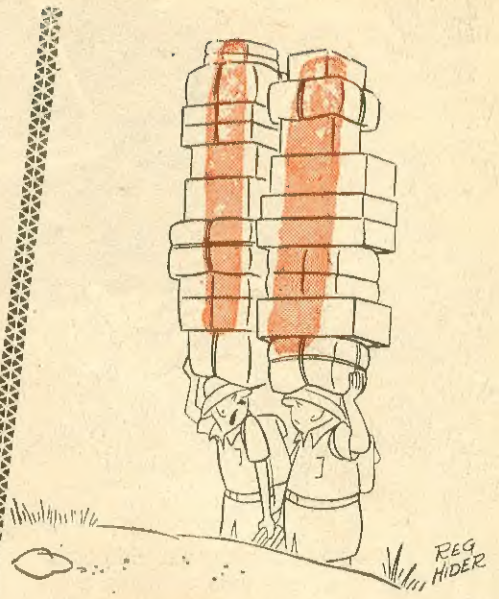
A los setenta años
En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía... (y uno se muere aquí sin poderlo terminar).

Perigrullo





—Vuelve a tener un tornillo flojo.

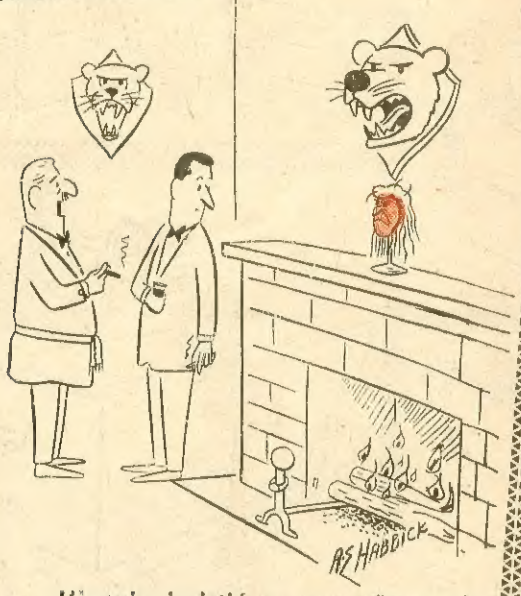


—Siempre nos dejamos engañar con «safaris» baratos...

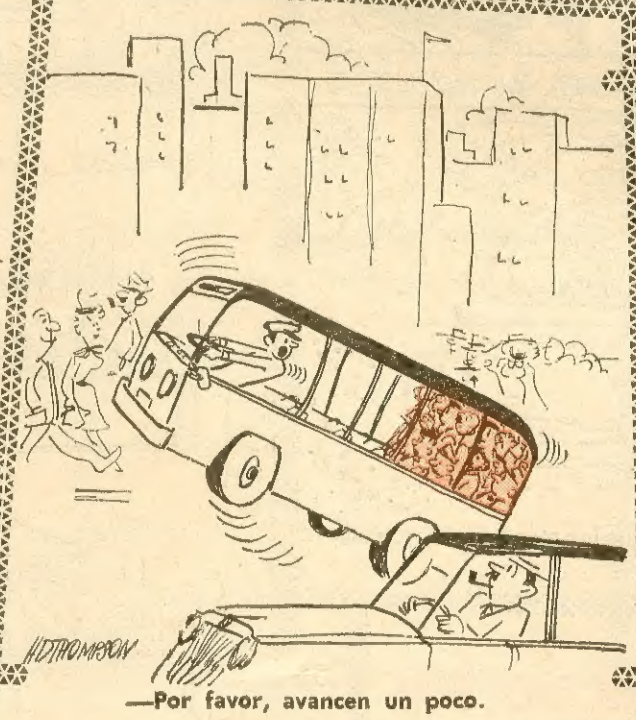
—Lo he pensado mejor, Edgar; me casaré con tu amigo.

—¿No hay alguna operación baratita que yo pudiera pagar?

—¡Esta vez ha ido demasiado lejos, Hubble!

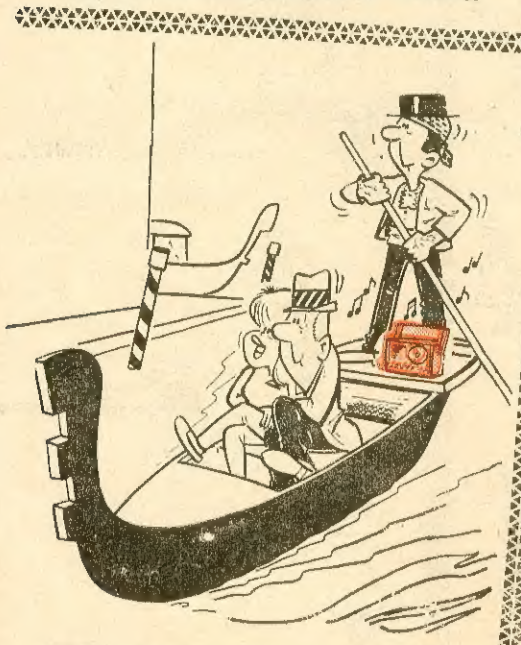


—Mi mujer insistió en acompañarme al Matto Grosso. Una gente interesante y simpática esos reductores de cabezas.



—Por favor, avancen un poco.

—¿Le has vuelto a llamar estúpido bruto?



—Ese gondolero tiene una voz que me recuerda a Adriano Celentano.

—¿Por qué no podrás tener tú una afición musical como Herbert?

—¡Apenas puedo contener mi impaciencia por ponerle al corriente de unos síntomas de los que sé positivamente que nunca ha oído hablar!

LULU en la zapatería

Lulú, guapa y atractiva, entró en la zapatería y se dirigió a la dependienta vestida de riguroso luto con bata negra.

—¿Tienen zapatos con tacón?

—Sí, claro —repuso, perpleja, la chica—. Todos los zapatos son con tacón.

—Pero yo no voy a comprar todos los zapatos. Sólo tengo dos pies.

—Me refiero a que zapatos sin tacón no se fabrican, señorita —aclaró la de negro.

—Entonces, ¿todos sus zapatos tienen tacones?

—Sí, señorita.

—Si es así, ¿por qué va usted con zapatillas? No me dirá que las zapatillas tienen tacones.

—Yo me refería a los tacones en general. Los zapatos...

—Sé lo que son zapatos. Los uso desde que tenía un año de edad.

—Yo también.

—¡Y usa todavía los mismos?

—Claro que no —contestó la dependienta, desconcertada—. El pie me ha crecido.

—¿Y los tacones?

—Los tacones, más que crecer, descrecen, es decir se desgastan con el tiempo.

—Así venden ustedes zapatos con los tacones gastados.

—¿Cómo gastados? No, señorita. Son nuevos.

—¿Nuevos? ¿Cuánto tiempo hace que tienen esos zapatos? —señaló unos.

—¿Esos? Cuatro meses.

—Si usted dice que los tacones se gastan con el tiempo, esos llevan cuatro meses de gasto. No pretenderá que le compre unos zapatos con los tacones gastados...

—Perdone, pero...

—¡Perdone, pero! —protestó Lulú—. Eso es lo que dicen ustedes siempre, cuando se les descubre una trampa. Me quejaré al Gremio de la Piel Zapatera.

—Yo quise decir que se gastan si se usan.

—¿Y ustedes no usan los tacones?

—¡Claro que no! —respondió la dependienta.

—Si no gastan los tacones, significa que caminan de puntillas... ¿Por qué? Está prohibido el ruido?

—¿El ruido? —balbució, enloquecida, la dependienta—. No gastamos los tacones de los zapatos por estrenar... No pretenderá que estrenemos todos los zapatos.

—Yo no pretendo nada. Lo único que pretendo saber es si tienen ustedes zapatos con tacones.

—Sí tenemos. ¿Quiere ver un par? ¿Qué número usa?

—Nunca me pidieron el número del tacón.

—Pregunto por su pie.

—¿Cuál? Tengo dos. ¿O es que no se me ven?

—¡Sí se le ven! Pero, para probarse el zapato, necesito saber su número.

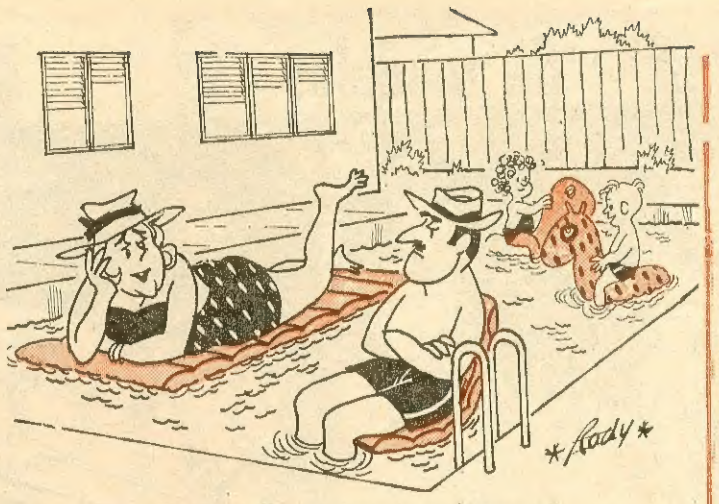
—¿Y quién le ha dicho que quiero probarme un zapato?

—Todo el que viene aquí se prueba zapatos.

—Porque no tendrán otra cosa que hacer. Yo sólo he venido a preguntar si tenían zapatos con tacones. Y me parece bien. Nunca imaginé que nadie saliera a la calle sin tacones. Debe ser difícil andar así.

Y Lulú, simpática y atractiva, salió de la tienda dejando a la dependienta hecha un lío.

Armando MATIAS GUIU



—¿Te acuerdas de cuando nadábamos?

—¿Qué te pasa, Kosgritt? ¿Te has vuelto un gallina?

—¡Gastón!... ¿No crees que ya has regado lo suficiente?

—Es mi padre. No le gusta que hable con forasteros...

—¡Toda tu vida serás un recluta!

—Aprovéchense. El próximo año, aquí habrá un hotel y por lo menos cobrará el doble que yo.

entre en CALOR pensando en el VERANO

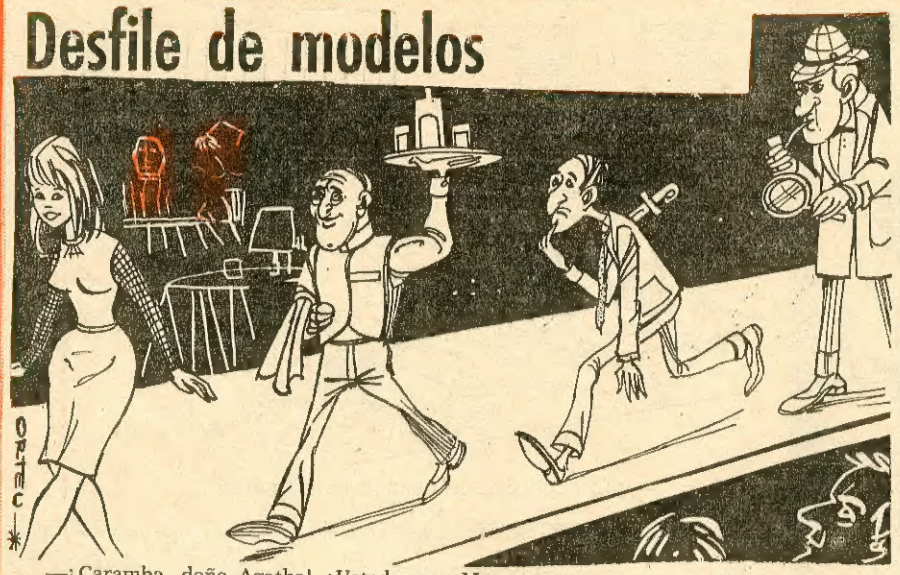
—Creo que son extranjeros...

—Y en cuanto se marche ése, que es el último, aramos y sembramos.

—¡Hurral «Flos» ha vuelto a casa.

PERPLEJIDAD

Desfile de modelos



—¡Caramba, doña Agatha! ¿Usted por aquí?

—Ya lo ve. ¿Y usted, don Erle?

—Pues lo mismo, querida colega. En cuanto anuncian un desfile de modelos policíacos procuro hacerme con una invitación y no perdérmelo, ya que para los autores de novelas de crímenes estas cosas tienen suma importancia.

—¿Me lo dice o me lo cuenta? Y el desfile de hoy promete ser muy interesante. ¡Nada menos que un desfile de modelos policíacos en los salones de la Policía Judicial de París.

—¡Ah, París! ¡Siempre a la cabeza de la moda, no importa de lo que se trate! ¿Tiene idea de lo que se va a lanzar este año?

—Probablemente, el crimen pasional. Ya sabe, los franceses con su manía por "l' amour", si no lo meten también en las historias policíacas, no pueden dormir tranquilos.

—Pues no me seduce demasiado la idea. Yo, como esto es la Policía Judicial, tenía la esperanza de que hubiera unos buenos embrollos entre abogados y fiscales. Mi Perry Mason me gasta tantos, que hay días que por más que miro en el archivo ya no sé qué ponerle.

—Tampoco creo que si lo de los crímenes pasionales es la moda de la próxima temporada, a mí me vaya a ir demasiado bien. Ya sabe usted que mi Poirot en casos con cianuros o crímenes extraños se desenvuelve como pez en el agua. En cambio, de lo pasional, no quiere saber nada.

—No es que desee meterme en sus asuntos, doña Agatha, pero me parece que lo del cianuro ya está algo anticuado, y sólo se utiliza en el teatro humorístico español, que va un poco a remolque en esas cosas. Los lectores, en cuanto huelen las almendras amargas del cianuro en la novela policíaca, enseguida le hacen ascos y dicen que la encuentran cursi.

—Comprendo perfectamente su punto de vista, querido, y sé que habla así sólo por ayudarme. Pero, hágase cargo; a mis años no estaría bien que me lanzara a describir estrangulamientos y otras atrocidades pasionales. Nosotras, las autoras policíacas de edad, hemos de optar por cosas limpitas y rápidas, que despachen en un santiamén a la víctima, para que en seguida el detective se pueda lanzar al interrogatorio, que es lo bueno.

—Es cierto. De todas formas, aquí, en los desfiles de modelos para autores policíacos, siempre encontrará alguna idea que ponerse en los relatos, con lo cual les conferirá esa nota de elegancia, y de estar a la moda, que no debe hallarse jamás ausente en las narraciones de los novelistas que cuentan con nutridísimos sectores de lectores.

—¡Cuánta razón tiene usted! Naturalmente que viniendo al desfile no perderemos el tiempo, aunque ni usted ni yo pensemos seguir la moda a pies juntillas. En estos sitios, cuando no exhiben algo sensacional en sospechosos, lo sacan en huellas digitales o en coartadas.

—Lo que lleva una buena temporada haciendo furor en lo policíaco, es el "suspense".

—¡Ah, el "suspense"! Si se encuentra un buen "suspense" que vestir para la novela, ya no hay que preocuparse de nada. Pero los "suspenses" auténticos son difíciles de encontrar, y cuando se halla uno, siempre terminan pidiendo por él un ojo de la cara.

—Y aquí, en los desfiles de la Policía Judicial, no creo que saquen muchos "suspenses".

—Ni uno. Los "suspenses" hay que buscarlos en los desfiles de modelos que presenta Alfred Hitchcock.

—¿Usted tiene alguna referencia de los desfiles de ese señor?

—¡Huy! Dicen que son sensacionales. Allí van autorcillos de nada, encuentran un "suspense" bueno, y a los dos días ya están escribiendo "best-sellers" como el que canta.

—Pues habremos de ir por allí...

—Mire, mire. Ahí llevan un mayordomo.

—Y ahí va un cadáver apuñalado.

—Eso es que el desfile va a comenzar.

—Hasta luego, doña Agatha. Recuerdos a su Poirot...

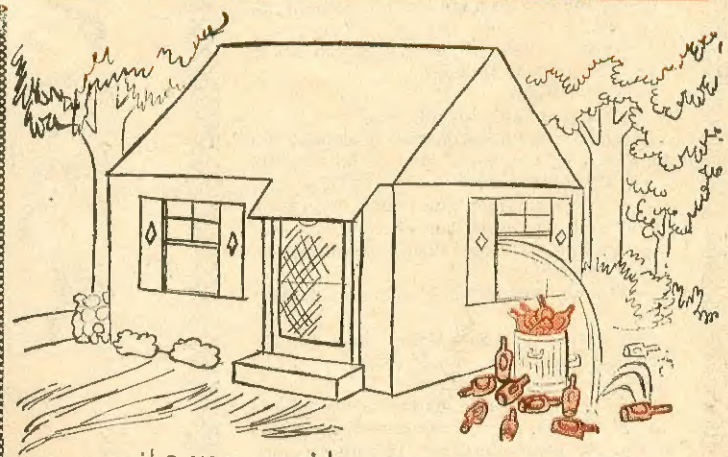
—Hasta luego, don Erle. Recuerdos a su Perry Mason...

PEPE GREY

ONU del CHISTE

—Me parece, querida, que te han quedado algo duros los "spaghettis".

—¿Por qué no suben y se divierten un rato?



—¿Lo ves, querido, como en casa también puede divertirse uno?

—¡Corra, agente; acaban de robarme la pistola!

—He ganado la ascensión, porque soy más alto.

—¡Animo, querido, ya sólo faltan catorce estaciones!

—Mi marido se ha construído él mismo su propio "mueble-bar"...

hogar, dulce hogar

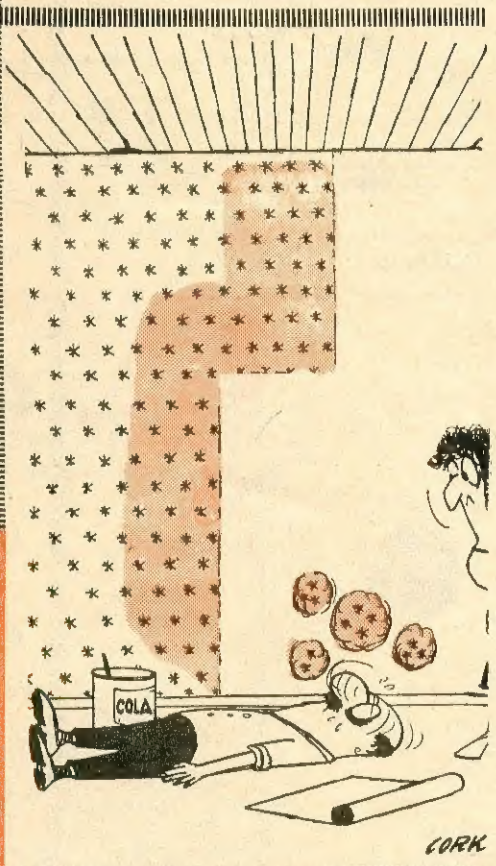
—Con este modernísimo contador, controlo perfectamente lo que bebe.

—Quería regalarte flores, pero eran demasiado caras..

—Ahí tienes las llaves del coche; ¿te importa que las guarde como recuerdo?

—¡No sé por qué, pero tengo la impresión de que el pastel del «Día de la Madre» era mayor que éste!

—¡Y deja de llamarme «Manolo»!



—No creo que en la declaración de impuestos tengas que consignar esto como «Propiedad Rural»

Chica en invierno

Cuando Menéndez vio llegar a Mari Pi, torció el gesto. No lo torcio mucho, porque torcido estaba feísimo.

La chica caminaba, acercándose, poniendo un pie delante del otro. Llevaba unas de esas horrendas medias que se han puesto de moda, que parecen calcetines a cuadros oscuros y florituras marrones y grises.

Tenía cierto garbo al andar. Se tocaba la cabeza con un gorrito de nieve que no dejaba ver si era rubia, morena o calva. Las facciones eran agradables.

Debajo de lo que quedaba al descubierto de la cara iba un abrigo grueso, también de última moda, con lo que no se sabía si debajo de él iba una chica monona o un sargento de "carabinieri" Lo mismo podía ser un abrigo que un capote de la guerra del 14.

Menéndez siguió con el gesto torcido. La gente ya se preguntaba si aquel hombre tan torcido de gesto había nacido así.

Mari-Pi iba acercándose sonriendo. Le había visto. No es que ver a Menéndez diera mucha alegría. Era un chico joven, flaco, peinado a lo raro y con una cara muy difícil, tal como se estila hoy día en cantantes de conjuntos electrónicos.

Menéndez, que no se encontraba raro, porque se veía todos los días, pensó en su presupuesto económico.

—**He sido un estúpido** —dijo para sus interiores fríos, porque estaban en mitad de la calle y a bajo cero—. **En vez de llamar a Mari-Pi, que hacía dos años que no veía, pude llamar a mi padre. Ahora ésta querrá que la lleve a tomar algo, y luego a un cine... y me va a salir la torta un pan de billetes.**

Mari-Pi estaba ya a su alcance.

—Hola —dijo con una voz de telefilm, es decir sudamericana.

—Hola —dijo él.

Se miraron unos segundos.

—**Pues está majísimo con esos pelines sobre la frente** —pensó ella.

—**No se sabe si es mona o no, pero por lo menos viste a la moda** —pensó él.

Se sonrieron una vez más.

—Supongo que no me has llamado únicamente para decirme "hola" dijo ella.

—Claro que no. ¿Entramos en un "snack"?

—Bueno —dijo ella encogiendo sus hombros con una sonrisa.

—**Va a pedir una ración de gambas y me va a dejar en blanco, la cargante esa. Es un mico** —pensaba él furioso—. **Y a lo mejor pide bocadillos calientes... ¡Me arruina! ¡La tarde a la porra!**

Entraron en el "snack".

—¿Vamos a la barra? —insinuó él por aquello de que es más barato.

—¿Nos sentamos? —preguntó ella dándolo por sentado, yendo ya hacia una de las mesas libres.

—**¡Y sentados, para comer más a gusto!** —volvió a pensar él.

La chica no caminaba mal. Debajo de aquellos horrendos calcetines parecía que las piernas eran bonitas, pero se necesitaba mucha imaginación para creerlo.

Cuando la monona llegó al borde de la mesa se detuvo, dejó el bolso y los guantes en el asiento y empezó a quitarse el abrigo.

Debajo del abrigo llevaba un sueter de canalé ceñidito, que resaltaba su tipo. Y una falda color amarillo-calabaza de última moda, ceñidita en las caderas y de vuelo libre.

—¡Caray! —murmuró el chico.

—Diga, señor —acudió el camarero.

—Deje que me reponga. ¡Mari-Pi, chica! —exclamó, alborozado, Menéndez.

—De Mari-Pi no tenemos, señor —siguió el camarero en su oficio—. Pero podemos ofrecerle un "ginger ale con on the rocks al hit parade".

—Pero, ¿dónde estabas escondida?—siguio, con entusiasmo, Menéndez.

—¿La señorita va a tomar lo mismo? —insistió el camarero.

—A mí tráigame un café.

—¿Café? Oiga, señorita. Esto es un snack de categoría. Aquí sólo servimos bebidas extranjeras, para engrandecer el país. —Y se fue muy ofendido.

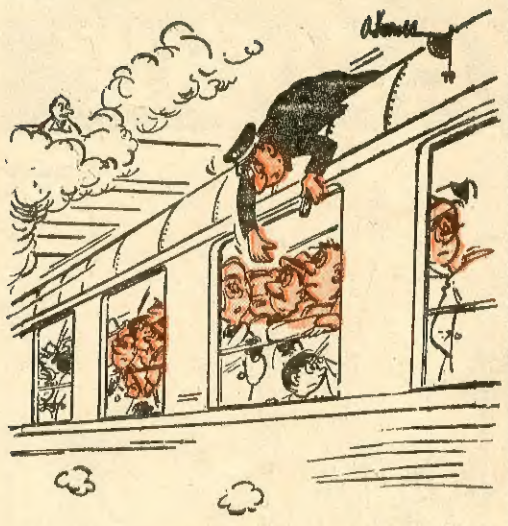
Menéndez se sentó junto a Mari-Pi y le pareció estupenda, simpática, alta, rica, rubia y soltera. Y bebió no sabía qué, pero también le pareció alto, rico, rubio y soltero.

Y no le importó llamar a un amigo para que le prestara mil pesetas porque a la monona se le antojó cenar de tapas y las probó todas y se puso como la Quica o sea la mujer del Quico.

Y es que la fachada ayuda muchísimo y en invierno las chicas van camufladas. Afortunadamente, uno se lleva unas sorpresas agradabilísimas.

Armando MATIAS GUIU

HARVEC

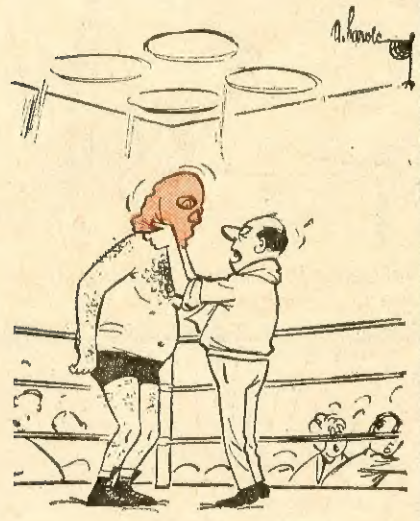


TREN DE CERCANIAS
—Billetes, por favor

VACACIONES Y BAULES
—¡Qué placer vivir durante un mes con un simple traje de baño!

KIRAZ

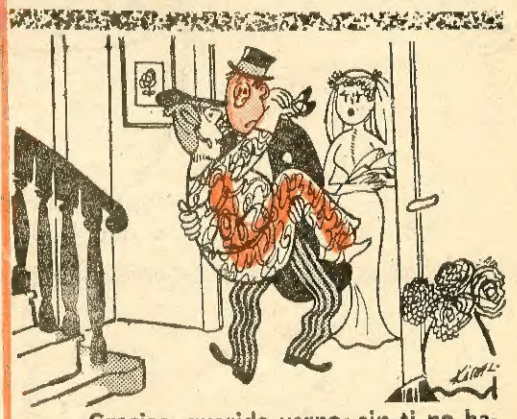
—¡Caramba! ¡También sirve para hacer repostería!



—¡Quítese esto, que asusta al público!

—Vamos a ver qué dice mi horóscopo hoy.

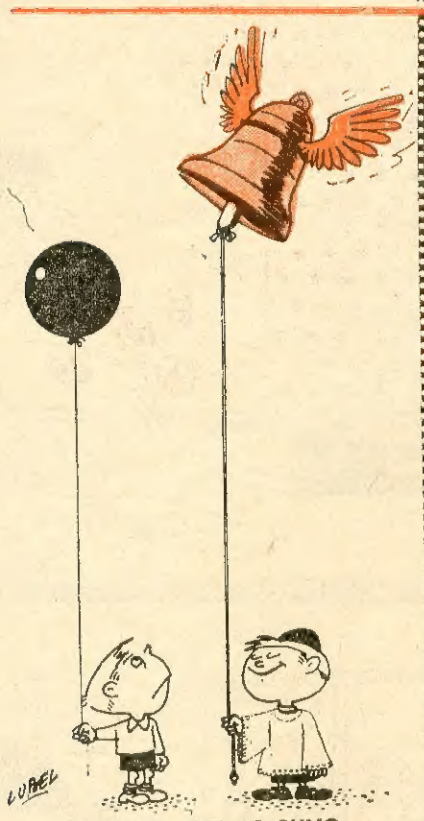
—Ve con cuidado. Papá me vigila.



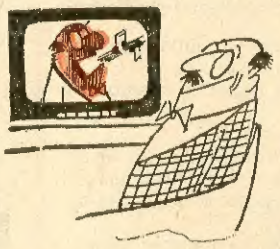
—Gracias, querido yerno; sin ti no habría podido subir tantas escaleras con zapatos nuevos.

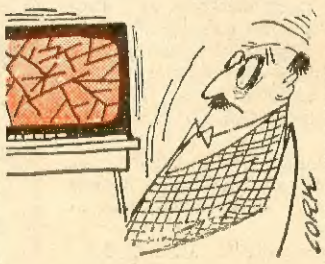
—Cuando Armando está cerca de mí, lo olvido todo. ¡Incluso aquello que quisiera que me regalase!

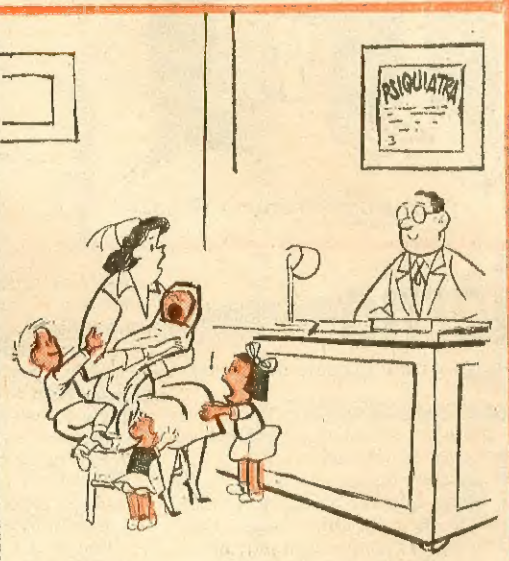
CHISTES de IMPORTACIÓN



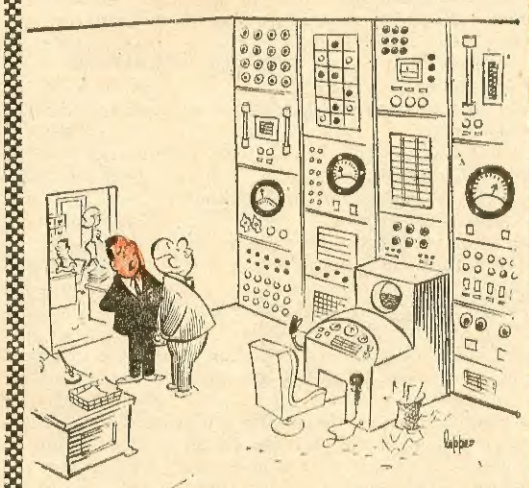
A CADA UNO LO SUYO







—Son precisamente las cosas pequeñas las que me preocupan, doctor.



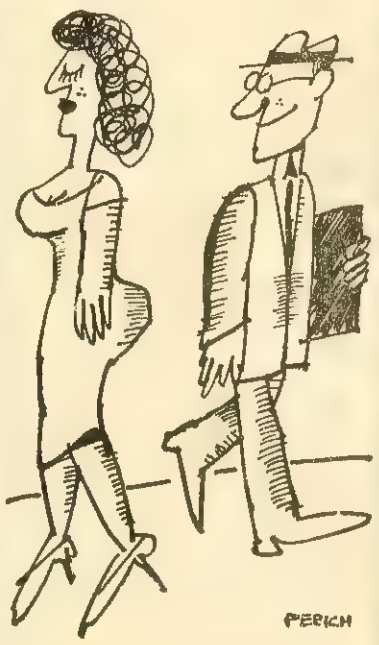
—Temo que algún día el cerebro electrónico va a convertirse en el dueño de mi negocio.

—Yo ya he hecho mi elección. En cuanto sea medianoche y apaguen las luces, me precipitaré sobre... ¡el champaña!

—Si quieres saber lo que Gerard tiene más que tú... ¡es un coche!

—¡Mentiroso!

Vates



ROMANCE DE LA FLAMENCA
Y EL PROFESOR MERCANTIL

Ella se llamaba Lola
y él, en cambio, don Manuel.
Ella bailaba en las zambras
—¡arza que toma y olé!—
y a él le bailaban los números
en el «Debe» y el «Haber».
Ella, con bata de cola,
por el Barrio del Perchel
levantaba mil requiebros
cuando pasaba tal vez
y él no levantaba nada
—¡arza, que toma y olé!—
excepto un «varios a caja»
hecho a la remanguillé.
Ella se llamaba Lola
y él se llamaba Manuel.

Un día del mes de agosto
de color «blanco de España»
él se enamoró de Lola
que pasó ante su ventana
moviendo, a fuer de flamenca,
el cuerpo con sal y gracia
y no solamente esto,
que es cosa bastante usada,
sino el de su madrastra,
el de una tía carnal,
el de un primo y dos cuñadas
y, para postre, también, todo
el Cuerpo de Aduanas.

Don Manuel, que se perdía,
los asientos embrollaba,
hasta que, lleno de amor,
salió a su reja enrejada
saltándose a la torera
siete letras protestadas.
«¿Dónde vas, mocita linda?
¿Dónde vas, mocita guapa?
¿Dónde vas, Alfonso XII?»
«Voy donde me da la gana»
—contestó Lola, que era,
bastante mal educada—.
«Pues que te frían un pulpo»
Y con su vista cansada,
sus gafas en la nariz,
sus manguitos en sus mangas,
el profesor mercantil
volvió a su Libro de Caja,
a su arqueo, a sus balances
y a todas sus zarandajas.
No había nada que hacer.
Eran vidas separadas.
La de ella, moviendo cosas;
la de él, no moviendo nada.

El Marqués de Santillopis

—Ha empezado con el programa de todos los veranos... Una hora cavando y tres meses de descanso, tumbado en la hamaca.

—A usted también puedo llevarla, señora, pero siento no tener sitio para su equipaje...

—La estación no se presenta muy bien. Primero la lluvia, ahora tu madre...

¡En el dorso de cada envoltorio del riquísimo
Chocolate con Almendras
NESTLÉ
hay 2 ½ en BONOS-PUNTOS!

Con sólo 20 de estos envoltorios
Gratis un LIBRO-ALBUM de
LOS JUEGOS OLIMPICOS

Oferta especial

PERSONALMENTE en cualquier oficina NESTLÉ

POR CORREO al Apartado de Correos 5324 - Barcelona

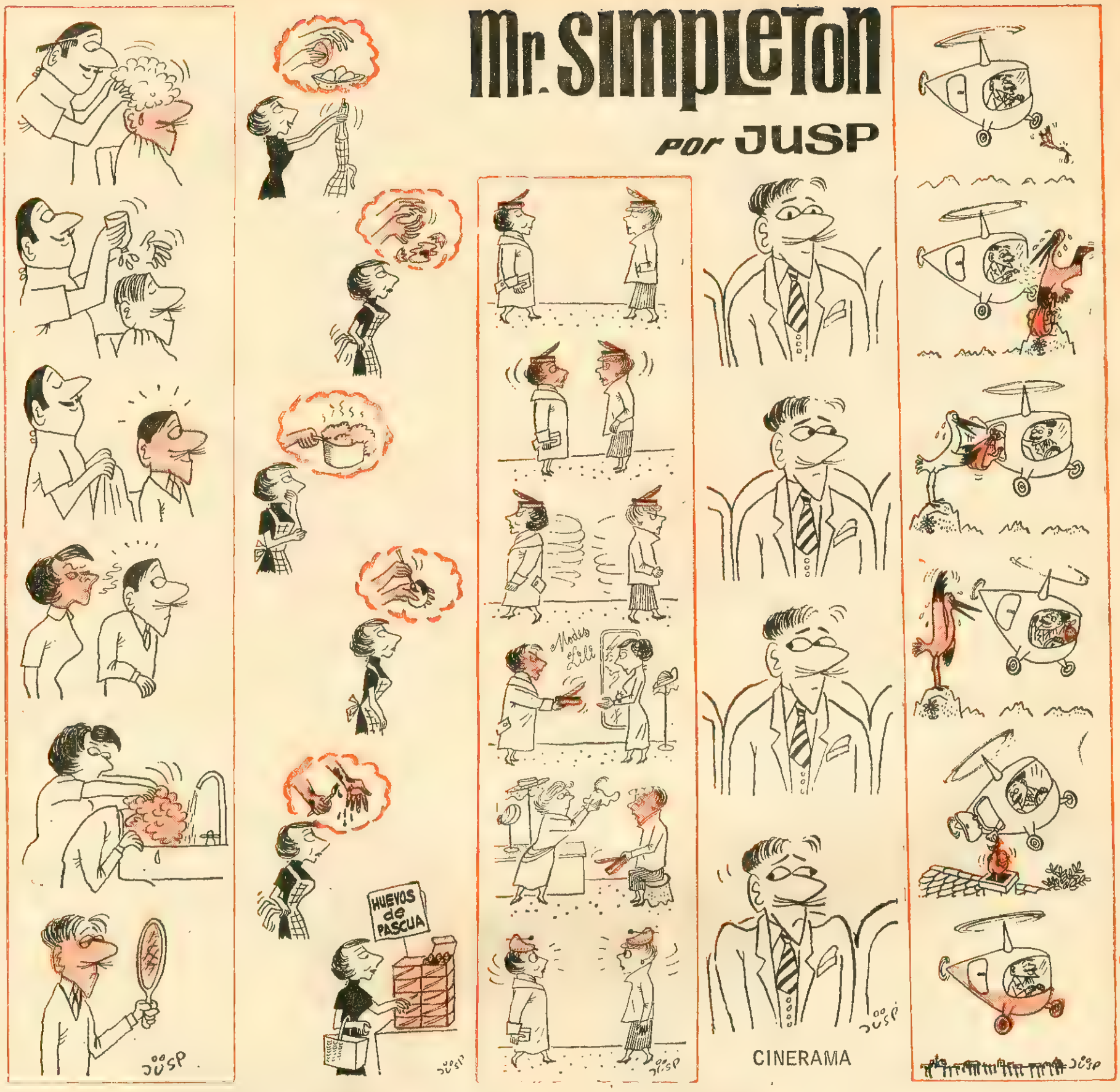
NOMBRE
CALLE
POBLACION PROVINCIA

Esta oferta caduca el 31 de diciembre de 1965

Hacer mención a esta publicación, gracias.

Mr. SIMPLETON

por JUSP



UBER ¡UBER! ¡¡UBER!!

—Mi caballo no me comprende...
—¿He dicho algo que te ha molestado, Catalina?
—Cuando termines de bañar a Casimira, me ocuparé de Arturo.
—¡Eres capaz de todo con tal de fastidiar a mamá!
—Luego te daré un terrón de azúcar.
—Menudo vientecillo hace esta mañana, ¿verdad?
—¡Socorrooo!

—¿Las dos copias las quiere también a doble espacio?

—...y puedo borrar veinte palabras equivocadas por minuto.

—Está en la edad tonta... ¡No tiene dinero!

—No debe extrañarte que quiera cenar fuera de casa de vez en cuando, querido. ¡Me canso de comer tus guisos todos los días!

—Creo que complicas demasiado tu gimnasia matinal, querido.

—¡Ya gasté todo el dinero falsificado! Tendrás que contentarte con un cheque sin fondos.

—No siga hablando. ¡Estoy harto de escribir tonterías!

—¿Has visto a ese tipo? ¡Ni siquiera nos ha mirado!

Familia norteamericana

Apenas había empezado a atardecer. Todavía se colgaban del termómetro los últimos grados Farenheit, (pues hora es de que lo digamos, ésta es una historia americana, y las temperaturas se miden allí en esos grados tan memos, que siempre están obligando a hacer cálculos y reducciones) del estío, que no quería marcharse, porque le gustaba abusar un poco. Por la amplia autopista apareció un convertible acercándose al "bungalow" de los Benson. Thomas Benson, el rey del petróleo, volvía a casa después de amasar unos pocos milloncejos, como hacen a diario los norteamericanos que se precian.

—Buenas tardes —saludó al criado, tendiéndole su chaqueta, con esa elegancia un poco torpe que muestran todos los millonarios norteamericanos al dirigirse a sus criados—. ¿Y el niño?

—¿El niño? —sonó la voz de "mistress" Benson en el "living", que estaba haciéndose las uñas, para pasar el rato—. Pues ahora que lo nombras, creo que no lo he visto desde esta mañana temprano.

El rey del petróleo besó ligeramente a su esposa, rubia como todas las esposas de los reyes del petróleo, y se fue en seguida hacia el mueble-bar para prepararse un buen latigazo y mantenerse en perfecta forma norteamericana. Comentó, con cierto descuido:

—Ya te han vuelto a raptar al pequeño. Seguro. Sabes que no nos podemos descuidar en estas cosas, porque a los magnates de la industria petrolífera, en cuanto nos distraemos, nos raptan el niño.

—¡Pero si nos lo raptaron la semana pasada! —protestó la rubia Ann Benson empezando a pulirse las uñas con esmero—. Debes estar equivocado. De raptar a alguien, los raptores habrán raptado a cualquier miembro de la familia de los Flowers. Los Flowers son los reyes de los supermercados, y por tanto casi tan adinerados como nosotros. Esta mañana he hablado precisamente con Emily Flowers y me ha estado comentando que hacía ya mes y medio que no les raptaban a nadie.

—¿Y qué? —se permitió una sonrisa un poco burlona Thomas Benson, dando fuego a un grueso habano especialmente fabricado para él, y en cuya sortija podía verse el anagrama de los Benson.

—Pues que el niño estará jugando por ahí —concluyó la madre poniéndose en pie, para lucir un modelito que debería costar una burrada—. Porque, en buena lógica, habría que pensar que si los raptores quieren raptar a alguien, secuestrarían a uno de los Flowers, ya que les toca a ellos.

El rey del petróleo se sirvió un poco de soda, y repitió con marcado retintín:

—¡Les toca a ellos! ¡Les toca a ellos!... ¿Es que no te has dado cuenta todavía de que los Flowers son unos roñicas y todos los secuestradores les tienen rabia?

"Mistress" Benson creyó llegado el momento de levantar una ceja y decir:

—¿Sí, querido?

—Los Flowers —siguió el poderoso hombre de negocios ignorando el leve tono de ironía que impregnaba las palabras de su mujer como una colonia cara— jamás dan propina, regatean los precios de los rescates hasta el último centavo, y encima marcan los billetes para ver si luego pueden recuperarlos.

Ann juzgó que había llegado el momento de asombrarse.

—¿Los Flowers hacen todo eso, realmente? —habló en un tono asombrado y curioso.

—¡Claro, tonta! —apuró la copa Thomas Benson—. Y otra serie de porquerías por el estilo. Y los raptores, de esa forma, no quieren trabajar.

—Entonces lo comprendo perfectamente, querido —empezó a servirse a su vez, Ann, un whisky con "ginger ale"—. Pero, de ahí a pensar que nos han vuelto a raptar el niño a nosotros...

—Hija, pues a ver que se te ocurre a ti que pueda haberle pasado. Es chiquitín, manejable, no llora con los extraños, pertenece a una familia que rebosa millones...

—En mi opinión, debe estar jugando con los Parsons —sentenció la madre.

Entonces sonó el teléfono.

El criado lo descolgó, habló unos instantes por él, y luego lo tendió al rey del petróleo.

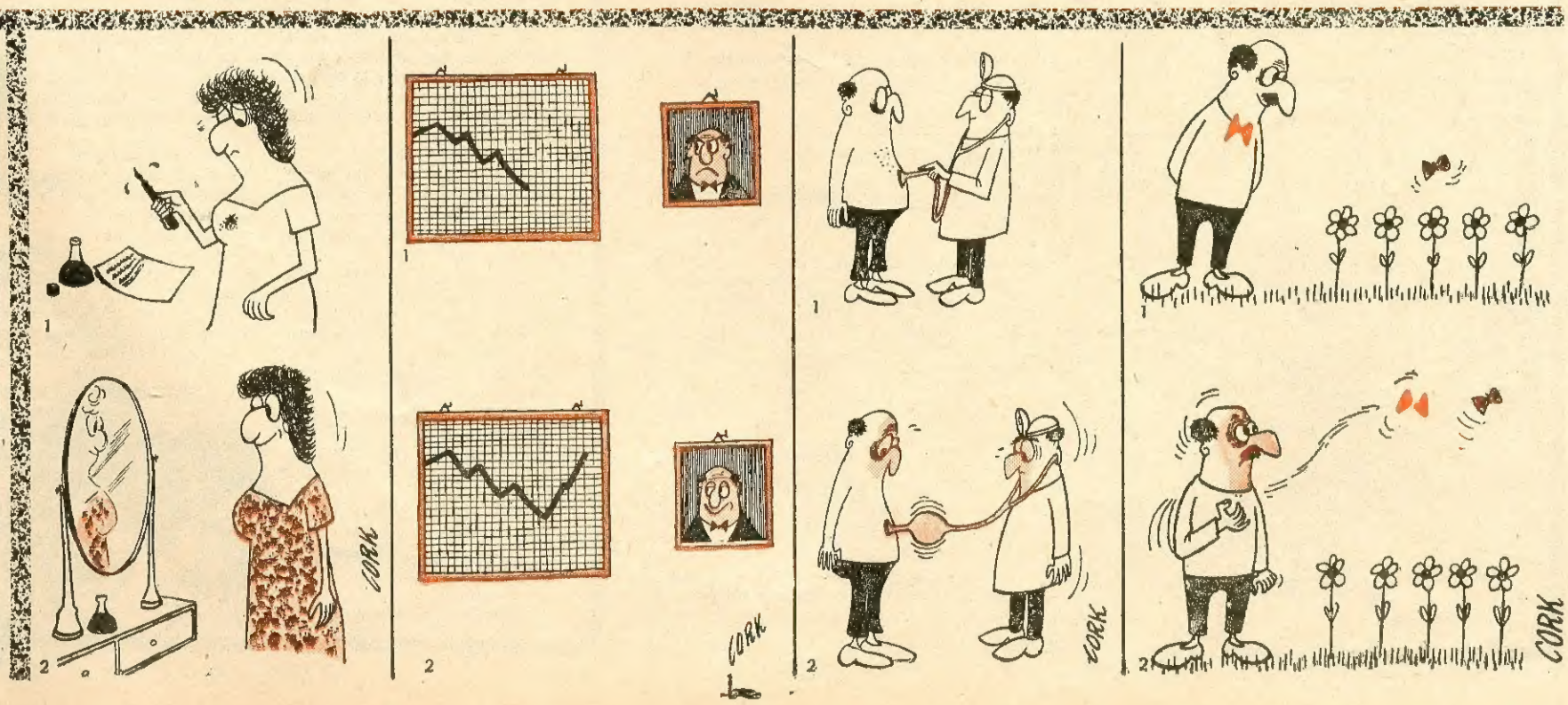
—Es para usted, señor. De parte de los raptores.

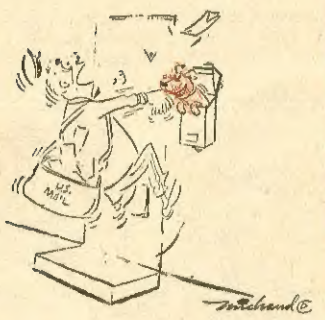
—¿No le decía yo? —exultó satisfacción el magnate, en dirección a "mistress" Benson.

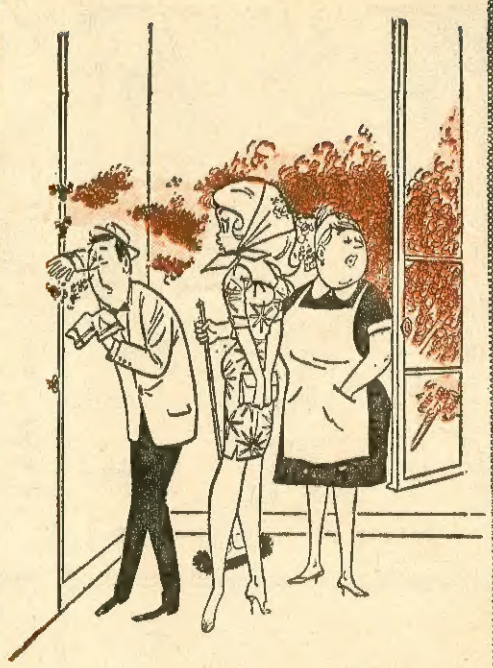
Y tomando el auricular se puso a fijar los detalles del rescate, como hacen en esos casos todos los cabezas de familia norteamericana, como si tal cosa.

PEPE GREY

CORK Y SUS GRACIAS

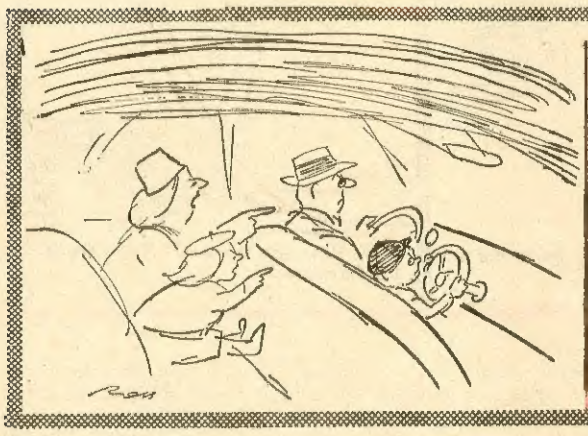






—En cuanto a comunicaciones, está muy bien... Tiene la estación ahí al lado...

—¿A dónde han ido más chicos ricos este año?



¡COMBATA el frío con JA,JA,JA!

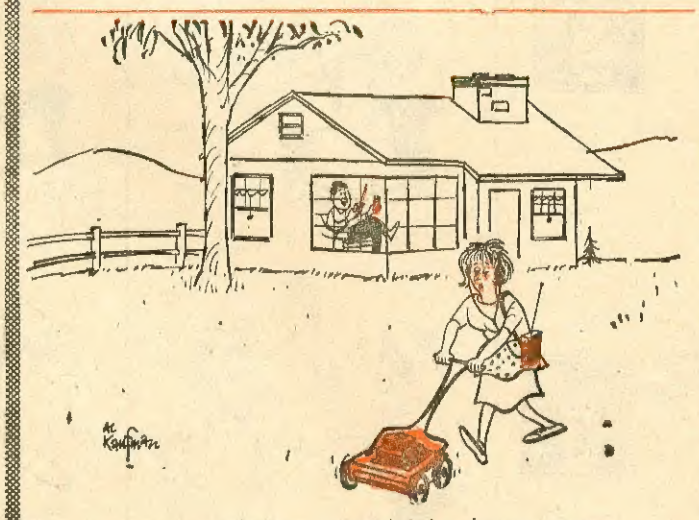
—¡Estos bosques son cada día más espesos!

—Le dije que tenía usted una conferencia, pero duda que los silbidos y vivas sean del entusiasmo de los vendedores...

—Deja los canapés de salchichón y coge los de caviar ¡son más caros!

ORAMA

—Y la próxima vez que tenga que dar debeber a sus elefantes, ¡llévelos a otra parte!



—¡Animo, querida! Lo haces muy bien. Ahora, no olvides esta pequeña parte junto a la cerca...

TIPISMO CAÑI

—¡A la pá de Dió!

—¡A la pá de Dió! Pase usté, que está en su casa, no fartaría má...

—Muchas grasias. ¿Ha visto usté qué caló?

—¡Caye, caye, que esto es un no viví...! ¡Con esta caló...!

—¡Sí que hase caló! He salío a estas horas y no he visto a naide por el pueblo. La gente duerme la siesta.

—Cuando la dejan, sí.

—Es que es lo único que apetese con esta caló, ¿verdá usté?

—Sí... con esta caló...

—Pues el año pasao, mismamente, no hiso tanta caló.

—¿Usté cree? A mí me parese que hiso la misma caló que hase este año.

—La verdá es que tos los veranos hase una caló...

—¡Sí que hase caló!

—Pero donde hase caló de verdá es en Seviya. ¿Ha estao usté en Seviya cuando la caló?

—¡Ay, no me diga usté, doña Sebastiana, que aqueyo es morirse...! Presisamente la semana pasá estuve yo en Seviya a acompañá a una sobrina mía que iba a casarse...

—¿Con esta caló?

—Ya ve usté; con esta caló. Y es lo que yo digo, pa casarse y no pasá caló, el invierno.

—Es verdá, que en invierno no hase caló.

—Pos lo que le desía a usté al respertive de mi sobrina, la que iba a casarse; ese día en Seviya la caló era espantosa.. ¡Una sofocasión, hija mía...! ¡Con desirle a usté que la gente vivía en las bañeras...!

—Bueno, pero las familias numerosas...

—Se metían por turno. Lo que le desía a usté: un día de verdadera caló.

—¡Sí que debía hasé caló!

—Se podían freí huevos ar só

—¡No me diga! ¡Josú! ¿Y usté frió argunos?

—¡Digo...!

—¡Sería espantosa tanta caló!

—No le digo más que un grupo de mositas que intentó bailar unas seviyanas en el Barrio de Santa Crú, cuando terminaron se habían quedao en los faralaes.

—¡Qué cosas...! ¿Y usté no bailó?

—¿Y que vi a bailá con tanta caló? Pero las acompañaba hasiendo palmas y al rato me di cuenta de que en las manos me nasían ranas.

—¡Chavó con la caló!

—Es poco pa lo que pasó ese día. Fíjese si sería espantosa la caló, que Hasienda no cobró el trimestre.

—¡Ya tié que hasé caló pa que Hasienda no cobre, camará!

—No es que hisiera caló, es que aqueyo era un infierno. Si er mismito Guadarquiví le echabas fideos y no tenías nesesidá ese día de hasé er primer plato.

—Pero to eso que usté cuenta parese mentira.

—¡Y lo es, pero como una es exagerá...!

—La verdá es que, pasando por arto las exagerasiones de usté, se diga lo que se diga, hoy hase una caló...

—Sí que hase caló.

—Y arrimas la mano a la pared y como si fuera un horno.

—Eso es de la caló.

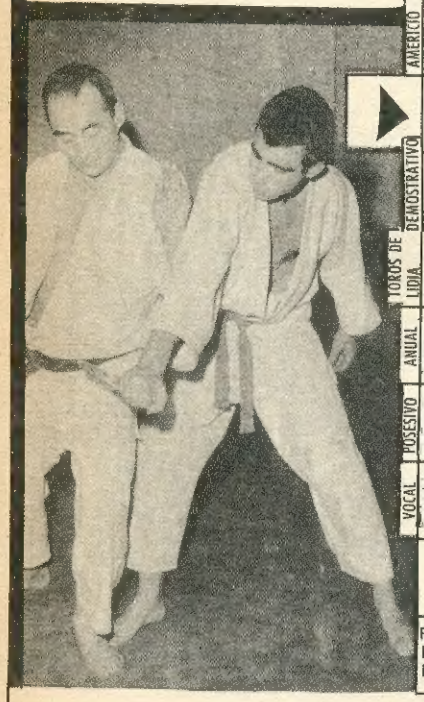
—Eso, de la caló

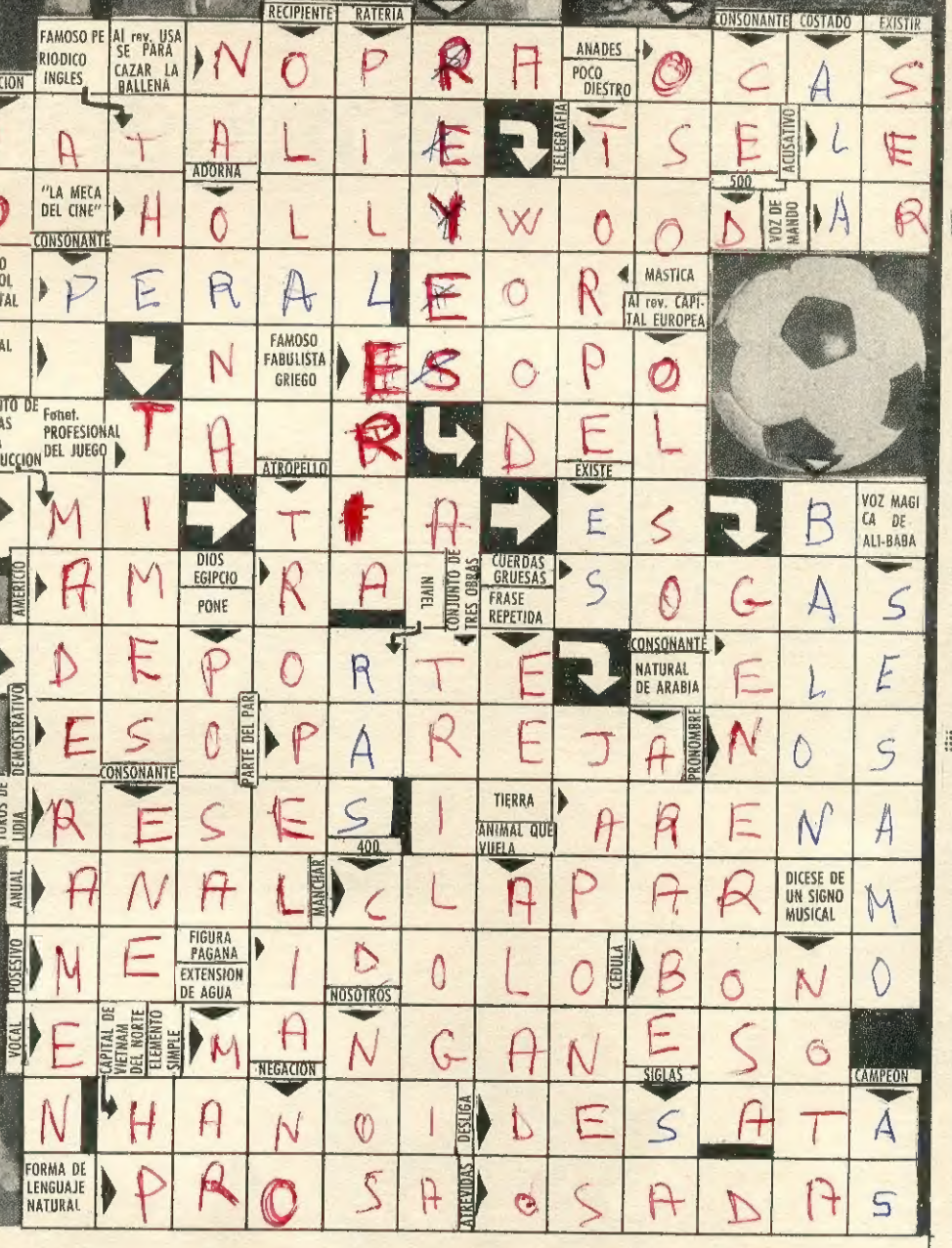
—Güeno, pues no molesto más y me voy a otro patio a dar la lata.

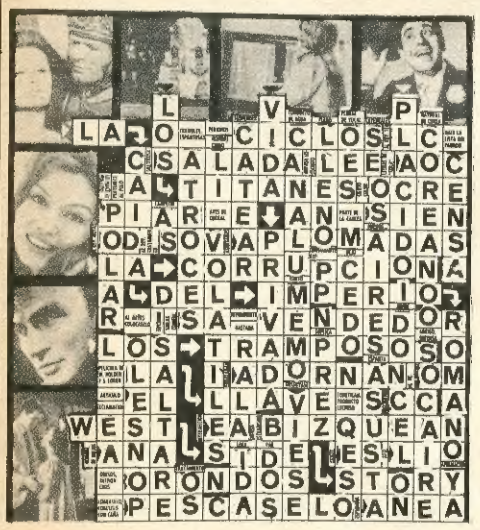
—Usté no molesta nunca pero es que hoy, con esta caló..

—Sí que hase una caló..

MADAME REMEDIOS







DDTGRAMA (51)

Por J. BAY

Modo de resolverlo

Las flechitas señalan el lugar donde empieza la palabra, que puede continuar vertical u horizontalmente, si así lo indica otra flechita sin definición. Las definiciones no se limitan, únicamente a referencias formales, sino que también admiten interpretaciones ingeniosas. Las fotos, sirven de definición, pudiendo significar el nombre del fotografiado o lugar que represente, así como su profesión o cualquier circunstancia que vaya unida a él. Las líneas de trazo grueso y las definiciones indican el final de una palabra.

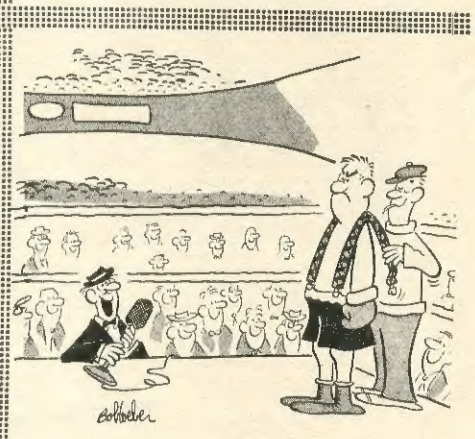
La solución se publicará en el número siguiente.

SOLUCION AL N.° ANTERIOR

—Pudo haber sido peor.

—¿Por qué no se limita a tomar el jugo de espinacas y se marcha sin hacer demostraciones?

—Yo, en tu lugar, no entraría en la jaula hoy, Manolo.



—Ahora que la gente ha parado de reir, queridos radioyentes, trataré de explicarles lo que sucedió en el último «round»...

—Quizá son figuraciones mías, pero cada vez que me dirijo a una chica, ésta me da la espalda...

—¡Enfermera!

—¡Si no puede salvar nuestro matrimonio, al menos convénzala para que se quede en casa de cocinera!

¡Son los mejores!

porque

Cola-Cao *les dió*

¡SALUD! ¡FUERZA! ¡VIGOR!

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA